



Revista de Fomento Social, 48 (1993), 433-438

“Con el fin de que os mantengáis fuertes en la prueba”.

Mensaje del Obispo de Nimes a los Agricultores católicos del departamento del Gard (Francia) y a todos los hombre de buena voluntad (*)

El tema de la crisis agraria y de la reforma de la PAC ha sido tratado en nuestra revista en diferentes ocasiones (1). Hemos creído que podría ser de interés para nuestros lectores transcribir una carta pastoral escrita al respecto por el obispo de Nimes. Estas reflexiones son tanto más interesantes por venir de donde vienen, y deben entenderse en el contexto de las violentas manifestaciones que han tenido lugar en Francia en contra de la reforma en curso de la Política Agraria Comunitaria, y de las acciones también violentas de los agricultores del sur contra las importaciones de productos españoles. Se echa quizá en falta una referencia a los intereses de las exportaciones agrarias de los países del Tercer Mundo, también muy directamente afectadas por el actual proceso de reforma de la PAC.

— Jean CADILHAC (**)

(*) Traducción realizada por J.J. Romero Rodríguez.

(**) Obispo de Nimes, Uzès y Alès. 1 de noviembre de 1992.

(1) Véase, por ejemplo:

Las manifestaciones, a veces violentas, de estos últimos meses han atraído la atención de todos sobre el mundo agrícola, con demasiada frecuencia desconocido y desestimado. Es un mundo complejo. En Francia no hay una agricultura, sino agricultores, según las producciones, la dimensión de las explotaciones, su situación geográfica y, por ello, tenemos agricultores ricos y agricultores pobres.

Hoy, por razones económicas ligadas entre otras cosas al mercado común y la situación internacional, muchos agricultores en nuestro departamento -como en otros lugares de nuestro país- conocen un gran sufrimiento; algunos están incluso desesperados porque se ven condenados a la quiebra y a la pura y simple desaparición. No tienen futuro. Nadie puede quedarse indiferente ante esta situación, Mi fe, mi ministerio y mi experiencia personal me hacen sentirme muy próximo a estos hombres y a estas mujeres. Yo comparto sus sufrimientos y sus angustias. Y quisiera repetirles la Palabra de Dios dirigida a Moisés, cuando su pueblo conocía la esclavitud en Egipto: "*He visto la miseria de mi pueblo que está en Egipto y he escuchado sus gritos. Sí, conozco sus sufrimientos. He bajado para liberarlos*" (Éxodo, 3,7-8). Esta palabra está hoy de actualidad. Los que tienen fe en Jesucristo saben muy bien que nunca están solos. Una esperanza que no puede ser soñada les habita. Les impide bajar los brazos y les asegura que siempre hay un futuro aun cuando no conozcamos sus formas, porque nuestro Dios es el Dios de la vida.

El sufrimiento y la desesperación son, como el miedo, malos consejeros. Por eso, si no queremos perder pie, debemos agarrarnos fuertemente a ciertas exigencias. El hombre y su dignidad las imponen. Todo hombre es único. Tiene una dignidad inalienable ligada a su naturaleza de hombre dotado de libertad y de conciencia. Todos los hombres son iguales en dignidad. Para los creyentes esta dignidad hunde sus raíces en la Revelación. El hombre ha sido creado a

ROMERO, J.J. (1990), "La crisis de la política agraria comunitaria. Repercusiones sobre el campo español": *Revista de Fomento Social*, nº 180, octubre-diciembre, pp. 355-268.

LORING, J. (1992), "Crisis de la agricultura capitalista y crisis del capitalismo". *Revista de Fomento Social*, nº 187, julio-septiembre, pp. 265-286.

ROMERO, J.J. (1992), "Crisis de la agricultura capitalista y crisis del capitalismo. Un comentario". *Revista de Fomento social*, nº 187, julio-septiembre, pp. 287.-296.

DIEZ SANCHEZ, J. (1993), "Los efectos sociales de la reforma de la PAC: el caso de Castilla y León". *Revista de Fomento Social*, nº 190, abril-junio, pp. 227-244.

imagen de Dios, destinado a compartir eternamente la vida divina. El hombre es la única criatura que Dios ha querido por sí misma. Por este hecho, debe primar siempre sobre el trabajo, el dinero, la economía. Los agricultores tienen derecho a ser reconocidos y respetados en su dignidad. No pueden ser eternos asistidos, ni ser privados del fruto de su trabajo o incluso ser considerados como los supervivientes de una raza en vías de desaparición. Su vocación es la de cultivar la tierra y conservarla, contribuyendo de esta manera a alimentar a los hombres y a salvaguardar la naturaleza. Pero los agricultores tienen también el deber de respetar esta dignidad en sí mismos, en los otros agricultores y en todos los hombres. Eso lleva consigo ciertas consecuencias.

1. Ante las dificultades insuperables que están encontrando, algunos agricultores sienten la tentación del individualismo, el "sálvese quien pueda" o simplemente el "corporatismo", es decir, la defensa y la protección de privilegios o de intereses particulares olvidando lo que concierne al bien común y, por tanto, a los otros. El corporatismo no es sino la puesta en común y la organización de los egoísmos. Es un grave peligro para la justicia social, pero también para la democracia porque consiste en que una minoría impone su ley a todo un país. Si siempre es necesario promover y defender una profesión, eso no puede hacerse de forma válida sino por medio de la solidaridad y una solidaridad abierta al conjunto de la sociedad. La verdadera *solidaridad* nunca es cerrazón al diálogo y a la colaboración. Es un deber, una virtud, un camino de justicia y de paz. Concretamente, comienza con el vecino de uno, que comparte las mismas condiciones de vida, los mismos intereses, todo ello en la vida cotidiana. Pero para ser eficaz, debe organizarse. Ese es, en particular, el papel de las organizaciones sindicales, mutualistas y cooperativas oficialmente reconocidas. Estas instancias tienen siempre que reformarse para responder mejor a las necesidades de los agricultores, pero constituyen cuerpos intermedios responsables de los que la sociedad no sabría prescindir para vivir en armonía y no hundirse en la anarquía. La solidaridad es un deber y cada uno debe aplicarla y suscitarla en su medida.

2. Hoy día los agricultores son víctimas de un *liberalismo* "salvaje" practicado a la escala del planeta. Algunos de ellos son sus cómplices. Un tal liberalismo esclaviza tanto o más que el colectivismo. Es destructor e inacep-

table. Su *“error... consiste en una concepción de la libertad humana que la aparta de la obediencia de la verdad y, por tanto, también del deber de respetar los derechos de los demás hombres. El contenido de la libertad se transforma entonces en amor propio, con desprecio de Dios y del prójimo; amor que conduce al afianzamiento ilimitado del propio interés y que no se deja limitar por ninguna obligación de justicia”* (Centesimus Annus, nº 17). Es un liberalismo que sacrifica a capas enteras de la población y fabrica pobres. Estos últimos años numerosas medidas han contribuido a enriquecer a los ricos y a empobrecer a los pobres. Ahora bien, estos últimos deben ser siempre los primeros en nuestras preocupaciones. Los que se refieren a Cristo saben que él les da siempre la prioridad. El mercado libre no puede ser humano sino a condición de estar reglamentado. El mercado sólo es aceptable para las necesidades solventes, porque se disponga de un poder de compra, y para aquellos recursos que sean vendibles, susceptibles de ser pagados al justo precio. Debemos repetir que la economía es para el hombre, para todo hombre y para todos los hombres. Si el beneficio es un buen indicador de la fecundidad de la empresa, nunca puede ser el único criterio de su buen funcionamiento sino el hombre ante todo. El es su centro.

3. Respetar la propia dignidad y la de los demás es, entre otras cosas, dominar la *violencia* y rechazar la violencia gratuita con mucha frecuencia manipulada con fines políticos por grupos extremistas. La violencia, en efecto, reviste dos formas diferentes que pueden evidentemente encontrarse conjugadas en una misma situación. Ante todo, es una expresión desmesurada de la agresividad; además es un recurso desproporcionado o injustificado en comparación al problema. No se debería confundir violencia y agresividad. Por agresividad entiendo aquí la aptitud de los individuos para afrontar por medio de la resistencia y la lucha los obstáculos que se alzan en su camino. Es necesaria, pero se transforma en violencia cuando traspasa la medida y ya no es reglada ni controlada. Se puede comprender la lucha de los agricultores; es una lucha justa. Pero la violencia desmesurada e incontrolada, la violencia gratuita, son inaceptables. Devienen “terrorismo”, ocasionan víctimas inocentes y hacen daño al bien público. La dignidad consiste siempre en demostrar dominio de sí. Frente a la violencia desmesurada, incontrolada o gratuita, debemos preferir la violencia de los no violentos, la violencia de los pacíficos. Esta violencia

incluye necesariamente el perdón. Porque si el perdón no interviene, la violencia no tiene fin. Sólo el perdón abre el futuro.

4. Vivimos en un régimen *democrático*. *“Una auténtica democracia es posible solamente en un estado de derecho y sobre la base de una recta concepción de la persona humana...”* La democracia no será real si no va acompañada de *“una viva atención y preocupación por los derechos humanos”* (Centesimus Annus, nº 46-47). La democracia debe ser vivida en los cuerpos intermedios. Ello supone tolerancia y comprensión mutuas, respeto del otro, sea quien sea. En democracia, la comunidad nacional debe comprender el papel, pero también los dramas que puede vivir tal o cual de sus componentes, en este caso los agricultores. Pero, al revés, los agricultores no pueden sustraerse a las exigencias del bien común nacional.

5. En esta perspectiva, la comunidad nacional debe persuadirse de que los agricultores son necesarios en nuestro país, si no se quiere transformar nuestros campos en verdaderos desiertos. Ese es ya el caso de ciertas regiones. Si la desertificación del campo continúa, todo el mundo perdería. Se juega en ello el equilibrio social, cultural y ecológico de nuestra sociedad, y simplemente nuestra humanización. La vocación de los agricultores es prioritariamente la de asegurar para una mayoría la alimentación de los hombres. Pero hoy tienen también como misión la salvaguardia de la naturaleza. Todo el mundo recuerda las palabras de Dios a Adán y Eva: *“Dominad la tierra y sometedla”*. Pero una comprensión unilateral, y por tanto falsa, de esta palabra conduce al saqueo de la naturaleza y a su destrucción. El relato más antiguo de la creación nos dice, por el contrario: *“Dios hizo al hombre y lo estableció en el jardín del Edén para cultivarlo y guardarlo”* (Génesis 2, 15). Hoy en día los agricultores y en general todos los hombre tienen que reencontrar su primera responsabilidad con respecto a la tierra. *“Cultivarla y guardarla”*. Si quiere ser fiel a este don de Dios que es la creación y a su vocación, el hombre no *“puede disponer arbitrariamente de la tierra, sometiéndola sin reservas a su voluntad... En vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios en la obra de la creación, el hombre suplanta a Dios y con ello provoca la rebelión de la naturaleza, más bien tiranizada que gobernada por él”* (Centesimus Annus, nº 37).

6. Cristo afirma: *“La verdad os hará libres”*. Todo lo que acabamos de evocar es una llamada a cada uno *a buscar y a hacer la verdad*. Para ello, debemos renunciar a las mentiras, *“a la lengua de madera”*. Se trata de mantener la palabra y de reconocer la objetividad de los hechos, de las cifras, en vez de trugarlas y manipularlas con fines demagógicos. Pero la verdad, es aún más que eso. Si Jesús nos dice: *“La verdad os hará libres”* es porque dijo también *“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”*. Hacer la verdad consiste en mirar las situaciones, el mundo y sobre todo el hombre a la luz de Cristo. Es el hombre perfecto quien le revela al hombre a sí mismo. *“El nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana y, por tanto, de la transformación del mundo es el mandamiento nuevo del amor”*. Todo verdadero progreso humano y social no es posible sino a condición de que nos amemos los unos a los otros como Cristo nos ama.

Deseo que estas reflexiones, sin duda incompletas, provoquen el diálogo y la reflexión entre todos los directamente afectados por el presente y el futuro de nuestra agricultura, sea cual sea su pertenencia confesional. Es urgente que los diversos colectivos de la agricultura se interroguen juntos para saber qué agricultura queremos para mañana. En la prueba, mantengámonos de pie, como María al pie de la cruz, ¡de pie con dignidad, de pie con esperanza!